

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

«Este precepto os doy: Amaos
los unos a los otros como yo os he
amado.

(Jesucristo a sus discípulos)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
Calle de Dindurra, 2, pral., iqda.

LA FUENTE de la FELICIDAD

Ya estaba allí el regalo más esperado: acudía a recibirlo toda la casa, desde papá hasta la cocinera, y en todos los ojos se reflejaba la curiosidad y la impaciencia ante aquella gran caja facturada, de una forma rara, *frágil, frágil, frágil* en todas sus caras, dejada cuidadosamente por dos mozos sobre la alfombra de la antesala.

Saltan las maderas, apártanse papeles, lúchase con el embalaje, crece el anhelo.

—¿Qué vendrá aquí?, ¿qué vendrá?...

Al fin dice sofocada mamá:

—Ayúdame, Ramón, no sé qué es esto, no puedo levantarlo.

—¡Si es un Cristo! — exclaman todos.

Sí, un crucifijo, un magnífico Cristo agonizante, una soberbia talla en la que palpitaban las torturas infinitas del divino moribundo.

—¡Vaya un regalo de boda! — grita papá — ¡ni que te fueras monja!

—Sitio para ese Santo Cristo tan grande no tienes en casa — opone mamá —; sólo para él se necesita una capilla...

—No exageréis, no es tan inmenso... Quizá en el dormitorio estará bien.

—¡Qué miedo! — chilló la cocinera.

—¡Qué gusto de hombre! ¡Regalar eso!... Como si no hubiera encontrado cosa mejor o menos aparatosa o más útil... ¡Le he de poner una cartal... — y en su monólogo, sale de la estancia papá.

Tras de él se van todos, todos menos Maruja, que, pensativa, sería permanece contemplando su nuevo regalo.

...«Veo desde aquí la cara de extrañeza y tal vez de disgusto que todos habréis puesto ante el obsequio mío».

Así dice una carta que María ha encontrado en la caja del Cristo.

«Hubierais preferido, no lo niegues, una cajilla de plata, una araña, un bronce artístico, menos aún, un juego de té, un bibelot cualquiera, una de esas infinitas tonterías inútiles que se regalan a los que van a casarse.

Yo te quiero más que todo eso, y mi deseo sería el poner en tu canastilla de boda la felicidad. Ya sabes que de todos vosotros, a quienes siempre he tenido por tan míos, tú has sido una ni-

ña preferida, mi ahijada, la más buena, la más lista, la más juiciosa... ¡Qué! ¿no quieres que siga por ese camino? Bueno, pues, volvamos a lo mío.

Hace treinta y cinco años, ya ves si es viejo lo que voy a contarte, en vísperas de mi boda, subí un día con mi madre a la habitación que iba a ser mía: Lucía y su madre y su hermana nos esperaban allí. Era aquello la última jornada, el ver si cada cosa estaba en su lugar y si estaba bien y si me gustaba a mí.

Lucía me iba mostrando todo, me guiaba por gabinetes y pasillos, hacía que me fijase en pormenores en los que yo, un hombre, jamás me hubiese fijado.

Además, tenía la felicidad demasiado cerca para que mis ojos se desviaran hacia la prosa de la vida, prosa confortable y exquisita si quieres, pero prosa al fin.

—¿Ves? — me decía ella — este sofá lo he puesto aquí porque su tono dice bien con esta luz tamizada... Las cortinas rojas en tu despacho tienen estilo... Aquí en el comedor, los bodegones de Teniers... Ese es el mejor sitio para los tibores, ¿no te parece?... ¿Te gustan estas sillas? ¿Qué opinas de esa Virgen de Angélico en nuestro cuarto?...

Y así hasta el infinito.

Mas en el salón — ¡horror de los horrores! — en el sitio más visible de él, en preferencia, colgado sobre la tapicería del muro, un grande crucifijo de marfil y de ébano, desentonaba.

Desentonaba para mí, enténdelo.

¡Ojalá hubiese visto en cualquier rincón del salón una estatua pagana o un Rubens, o siquiera, un amorcico de esos inocentes que se encaraman por los jarrones o juegan entre las guirnaldas de los relojes Imperio! Entonces, poniéndome muy grave, le hubiese dicho rogándole que me perdonase la observación:

—Mira, Lucía, esa imagen de Cristo no está bien ahí, desentona en ese marco profano....

Pero no, allí en el salón todo era digno y noble, y atrayente y alegre también.

Aguanté. Me callé. Esperé a después

de nuestra boda. Aguardé hasta el regreso de nuestro viaje.

—¿Y eso?, ¿qué papel pinta eso en el salón? — le dije una mañana entre bromas y veras.

Los ojos de Lucía se nublaron un poco. Tal vez fué aquella su primera tristeza de casada.

—Eso — me contestó —, hace en el salón el papel que debe hacer, el de dueño de casa, el de amigo querido y agasajado, el de rey de todas nuestras cosas... Si te estorba, quítalo, ponlo donde quieras, pero no seré yo quien le arrebatase ese sitio.

—Lo quitaré — pensé —. Mas sin saber por qué, no me atrevía a ello.

Y fué pasando el tiempo y los años, y nuestro nido resonó con vocecillas de ángeles, hasta cinco — ¡pobre Andrésillo mío!, si él hubiera vivido no se te llevaría ahora el perillán ese de Luis —, y la felicidad se nos entraba por las puertas, cada día más dulce y amable, una felicidad tranquila y placida, un sosiego de vida como yo jamás lo hubiese soñado.

—Es El me dijo un día Lucía —, es por El por quien somos felices.

—No entiendo — le respondí.

Y tomándome de la mano, me llevó al salón.

—Por El — ¿comprendes ahora? —, insistió señalándome el Crucifijo —. Desde el principio le dimos posesión de nuestra casa, y El aceptó y nos ha hecho dichosos...

—¿Tú lo crees? — le interrumpí.

—Pues si no fuera por El, ¿serían buenos nuestros hijos? ¿serías bueno tú?, ¿querría yo ser buena?...

¡Bueno yo! ¿Se burlaba de mí?

Y siguió pasando el tiempo y los años, y yo sabía ya a quién debía la paz de mi hogar, y notaba que suavemente, muy suavemente, pero muy invenciblemente también, el Cristo del salón iba tomando su sitio de honor en mi alma...

¿Adivinas ahora, Maruja, el secreto de mi regalo? ¿Verdad que no te va pareciendo tan extraño?

Te he dicho mil veces que es muy grande la dicha que deseo para tí. He estado pensando días y días en cómo podría yo contribuir a esa dicha, y contribuir con algo que fuera al mis-

mo tiempo recuerdo de mi afecto y gala de tu hogar,

Ahí tienes esa gala, ahí tienes la fuente de tu felicidad. Por experiencia se cuán abundante mana el raudal de sus aguas...»

Y contemplando el magnífico Cristo agonizante, ve Maruja ahora su casa y su salón, y en él — Luis no se opondría a ello — el Crucifijo, dueño del hogar, rey de la familia, marcando con sus brazos extendidos la hora de la bendición y del amor.

J. LE BRUN.

¿Por qué no quieren el Crucifijo?

No quieren el crucifijo en las escuelas.

No lo quieren tampoco en los tribunales.

Les estorban las cruces al lado de los caminos y de las carreteras.

Laicismo en España quiere decir sin cruz, sin crucifijo.

¡La Cruz, Cristo crucificado; he ahí el enemigo!

¿Por qué esa persecución al crucifijo?

En un Instituto de España un profesor, después de mandar quitar de la cátedra la imagen de Cristo Crucificado, quiso dar una explicación del por qué a sus discípulos.

—No podemos tener signos religiosos en la Cátedra, porque el Estado es laico....

Un discípulo le preguntó:

—¿Quita usted el retrato de Cristo y deja el de Pestalozzi? ¿Es que ha influido menos Cristo en nuestra civilización, en nuestra cultura que Pestalozzi?

El profesor vaciló. Después de meditar unos momentos dijo:

—Yo dejaría la imagen de Jesús de Nazaret; pero no la de Cristo crucificado....

—Es decir la del judío...

El profesor cortó el diálogo; pero ya es bastante expresivo y elocuente... quizás más de lo que sospechaban el profesor acomodaticio y el discípulo generoso e idealista...

Esta revolución es parto del judaísmo del cual la masonería no ha sido más que el instrumento ciego.

Y la gran obsesión del judaísmo, su idea torturada, es Cristo crucificado...

Cristo crucificado es el recuerdo constante de su deicidio... y de la maldición que arrastran, dispersos y odiados, por toda la tierra...

El judaísmo transigiría con un cristianismo sin Cristo.

Al fundar la masonería quisieron hacer eso: un cristianismo sin Cristo y sin Evangelio.

Y esa es la misión que tiene que cumplir la masonería; arrancar a Cristo de la sociedad cristiana.

Toda revolución que ejecuta la masonería se traduce en la persecución a Cristo crucificado... Es la explicación de la que parece inexplicable paradoja; los mismos que hablan a veces, del dulce Jesús de Nazaret, hijo del carpintero, hacen guerra de exterminio a Cristo crucificado... Es la consigna judía.

Por esto el Crucifijo ha sido quitado del Parlamento, de los tribunales, de las cátedras, de las escuelas.... y se le quiere quitar de la orilla de los caminos y de la cima de los montes.

Y mañana si el judaísmo puede, se le querrá arrancar del interior de los templos... y sobre todo de los corazones...

No he dudado

No he dudado, mi alma está bruñida en el crisol sagrado de la fe; pues desde la mañana de mi vida he aprendido a creer.

¡Nunca he dudado! Espléndido en mi alma el árbol de la fe fructificó; como en el valle la robusta palma bajo un radiante sol.

He sentido rugir los temporales más de una vez violentos sobre mí; pero, al rumor de mis dolientes males, siempre a Dios me volví.

Siempre miré una estrella en lontananza, un faro allá en la inmensidad del mar; y a la plácida luz de la esperanza me alcé cada vez más.

Monótono es el drama de los años, libro sin arte, drama sin acción, cuando en él de terribles desengaños no hay ni rastros, ni voz...

Pero aunque breme el mar y ruja el viento yo sé que mi timón no faltará, yo sé que mi agitado pensamiento jamás se apagará.

Creo, y eso me basta... Si los montes cambiar pueden el fuego de la fe, ¿cómo de esos brillantes horizontes puedo el rumbo perder?

¡Oh! no... ¡cargad las velas, marineros; hombres de corazón, alzad la voz! o muerto o triunfador, de los primeros a vuestro lado estoy.

(Carlos Walker Martínez.)

¡Santo Cristo de la Escuela!

El alcalde de Reus ordenó fuesen retirados los Crucifijos de las escuelas públicas.

Uno de aquellos hombres llevaba irrespetuosamente en la mano el Crucifijo que acababa de arrancar con rabia de la pared, ante el terror y las lágrimas de las tiernecitas niñas y el estupor de su cristiana profesora, que no podía oponerse a aquel acto de vandalismo.

De pronto una niña valiente, con voz cortada por los sollozos, pide a aquel hombre, que se disponía a abandonar la sala, le dejase besar por última vez aquella imagen del Crucificado, a cuyos pies aprendió a balbucir las primeras oraciones y a levantar su corazón a Dios.

He aquí un corazón de niña que se ha sentido herido por los dardos de la impiedad. Se desarrolló una escena conmovedora.

Aquel hombre de cara sañuda y feroz no pudo resistir a la súplica infantil.

—Toma — le dijo; y arrojó por la boca una blasfemia. La niña dió un beso largo, muy largo, al Crucifijo, y después de ella, otra, y otras..., casi toda la clase.

La maestra lloraba enternecida.

Momentos después, el Crucifijo era bárbaramente sacado de la escuela..., quedando ésta triste y silenciosa como si la muerte batiere sus alas negras sobre ella, únicamente la voz dolorida de la maestra, cual madre cariñosa, penetraba como bálsamo en el corazón entristecido de sus discípulas.

—Ya no podéis levantar vuestros ojitos hacia El — les dijo señalando a la pared —; ya no podré deciros que El os mira, que os escucha, que os abraza, que os reconviene cuando cometéis alguna falta; ya...

—Doña N... no siga usted — interrumpió llorando una de las que estaban más cerca. Entre todas compraremos uno, y como será nuestro, nadie nos los podrá quitar; yo lo guardaré en mi pupitre y todas las niñas podrán besarlo cuando quieran.

—Sí, sí — exclamaron todas alborozadas, secándose las lágrimas con el pañuelo.

—Y lo tendremos por turno un día cada una.

—Y lo llevaremos a nuestras casas para que no nos lo roben los impíos.

—Sí, sí.

Al día siguiente, un grupo de las mayorcitas, ante las cuales también se colocó algún bebé de los que más habían llorado el día anterior, se presentaron al Párroco pidiéndole les comprase un crucifijo a cambio de los puntos o «tickets» ganados en el Catecismo.

Conmovido el buen Párroco, les contestó;

—Nada de privaros de vuestros puntos; el Crucifijo corre por mi cuenta.

Momentos después, sobre el pecho de una de aquellas niñas pendía un hermoso Santo Cristo..., que comenzó

a llamarse *El Santo Cristo de la Escuela*.

Desde entonces, las discípulas de doña N... diariamente imprimen el ósculo de sus fervientes amores sobre la frente ensangrentada del Crucificado, porque es suyo, muy suyo, porque lo han adquirido con su valor y con su fe religiosa.

¡Qué contento estará el Crucifijo sobre el corazón de esas niñas!

Al siguiente día de estos sucesos, rigurosamente históricos, las niñas por indicación de la piadosa maestra rogaban ante su Crucifijo por el eterno descanso del alma de aquel desgraciado, muerto repentinamente.

.....
Todavía hay fe y hay Providencia. El hecho es de la «Cruz». Solo la copia es mía.

P. A.

CHARLA

—¡Dios nos abandona, mi queridísimo D. Manuel!

—Dios no nos abandona, mi buen don Ricardo. Dios, amante siempre del bien de nuestras almas, nos castiga y nos prueba; no le quepa a V. duda.

—¡Nos castiga y nos prueba!...

—Sí; escudriñemos en nuestras conciencias y veremos que nuestras acciones y nuestras palabras no se ajustan como EL quiere a su santa Ley que todos estamos obligados a cumplir. Hay muchos, muchísimos, que preciándose de católicos y practicando muchas devociones, no son consecuentes con estas ideas nobles y santas en su vida social ni en su vida política y hay que serlo en todo.

—Voy comprendiendo.

—Decíase de un célebre escritor sec-

tario, que no era lo más peligroso en su propaganda lo que escribía, sino el ser persona buena por naturaleza, y así podemos decir de muchos católicos, que no está el mayor daño que hacen a la religión en su falta de caridad y justicia para con sus administrados, llámense dependientes, obreros, súbditos, etc., etc., sino en asistir después a comuniones, novenas, procesiones y demás actos del culto católico. ¿Cómo, al ver tales escándalos de inconsecuencia, no han de rebelarse esos que gimen el delito de estos «fervorosos», calificando a la religión de farsa, siendo así que los farsantes, los hipócritas, son estos que valiera más no frecuentar la iglesia ni se cubrieran con el ropaje de católicos?

—Verdaderamente que el tipo abunda.

—Y como esta abundancia se da principalmente en la vida del trabajo, en la vida política, de aquí esa terrible confusión que reina en tantas almas respecto de las creencias religiosas. Hay quien se dice malo, perverso, incrédulo sin serlo y quien se presenta como persona digna, honrada, excelente, religiosa sin serlo también y hacen apartados: izquierdas, derechas, sin ser repudiables muchos de las izquierdas ni aceptables bastantes de las derechas.

—A propósito de esto, recuerdo algunos famosos y famosas izquierdistas que el día de las elecciones asistieron a misa (contra su costumbre) para que ganasen los suyos y en cambio, oí a patronos derechistas hablar de represalias y despidos y violación de contratos si llegaban a triunfar.

—No me dice V. nada nuevo. Vuelvo a repetírselo: en unos y otros ni están todos los que son ni son todos los que están; se atiende más a las conveniencias personales o de bandería que al cumplimiento fiel de los deberes religiosos y sociales. Hablo de muchos que se tienen por buenos.

—Pero que no quieren enterarse de los dos hermosas Encíclicas de León XIII y de Pío XI acerca de estas importantes cuestiones.

—V. lo ha dicho. Y con estos ejemplos y con esas escuelas sin Cristo y esos espectáculos y esas propagandas ausentes de principios religiosos, más bien contra ellos, ¿qué ha de sentir y hacer ese pobre pueblo sino el mal en todas sus manifestaciones? ¡Bien les guían por estos caminos esos cabecillas de alma ya perdida cuyo interés para estos negocios es promover y sostener la ignorancia religiosa y el confucionismo en las masas, buscando para más fuerza de sus argumentos infernales algún acto injusto escandaloso de sus contrarios!

—Siguen la máxima del gran corifeo de la impiedad Voltaire cuando escribía a su amigo La Chalotais, procurador del Parlamento de Bretaña: «... os agradezco que trateis de proscribir la instrucción en las clases populares a las cuales hay que guiar, pero no instruir, porque son como bueyes, que solo necesitan el yugo y la cebada»

—Siempre igual y siempre los mismos funestos resultados. Llegan ya hasta el más descarado desagradecimiento y hasta el insulto a las personas católicas que han estado siempre haciéndoles bien y socorriéndoles, desinteresadamente, solo por amor de Dios. ¡Cuántos casos de estos pudieran contarse en nuestras Conferencias, en nuestras escuelas, en nuestros asilos, en nuestros hospitales, en nuestros mismos domicilios. Muy devotitos ayer, mucho «Dios nuestro Señor» cuando se temía la reacción y ahora renegados furibundos, blasfemos, provocadores... Hoy mismo se me acercó un niño a pedirme limosna y porque no salió complacido me dijo lo que no puede repetirse sin grave pecado, ¡pobre madre mía!

—Temo que este terrible confucionis-

Folleton de RELIGION Y PATRIA (87)

Tres facetas de la vida

monjas y frailes.... ¡Fuera, fuera!...

Son las once de la mañana. Estamos en un gran Hospital de la ciudad. Reina en todo él una gran agitación... ¿Qué ocurre?

El director y dos o tres personas más andan como locos. Pasa lo de muchas veces. Los enfermeros propusieron unas bases de aumento de sueldo y disminución de horas de trabajo y se han declarado en huelga.

La confusión y el apuro es enorme en todos los hospitales y asilos, especialmente en éstos, que necesitan tanto personal.

El Gobierno ha prometido nuevo personal. ¿Pero cuándo vendrá?

Los enfermos se inquietan. Las llamadas se multiplican. La confusión crece. ¿Qué hacer? ¿A quién acudir?...

Las horas pasan. Una cuantas señoras piadosas llegan, pero son pocas. A las salas de infecciosos no hay quien entre.

Llegan unas hermanitas que, alejadas en sus conventos, ruegan y esperan su hora. Se las recibe como a los ángeles salvadores. El director—hombre de excelentes cualidades y sentimientos humanitarios—, emocionado, les da las gracias. Las hermanitas en un momento se desparraman por todas las salas y dependencias del Hospital y acuden a lo más necesario.

En una sala de infecciosos hay varios enfermos de tifus. La hermanita va recorriéndolas de uno en uno y dándoles lo que necesitan.

En una cama hay uno que delira. Es presa de una fiebre altísima. Su rostro es cadavérico. Se ve que la muerte no tardará mucho en visitarle.

La dulce monjita, compasiva, se acerca al enfermo y le prodiga mil cuidados. Le da unas medicinas y un poco de alimento. El enfermo parece que reacciona un poco. Empieza una serie de preguntas. ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? ¿Por qué estoy aquí?... Quiero ir a mi casa... ¿Dónde está mi familia, mis amigos, mis correligionarios?...

La hermana procura calmarle y le va contestando a sus preguntas.

—Está usted en el Hospital de la Santa

Cruz. Yo soy su enfermera, Sor María de Jesús. Está usted un poco malito; pero no se apure que ya sanará. Confíe en Dios y ruéguele que le ayude...

El enfermo lanza un doloroso gemido o rugido, que de ambas cosas tiene.

—Yo no quiero ninguna monja, ni creo en Dios, ni quiero oír hablar de religión... ¡Qué venga un enfermero!

—No los hay. Se han declarado en huelga. Además, en esta sala de infecciosos no quiere entrar nadie. Por eso hemos venido las monjas, para no dejarlos morir abandonados. Son criaturas de Dios y Dios manda tener caridad.

—Y usted ¿no está en huelga ni teme contagiarse? ¿No le da miedo morir tan joven sin necesidad?...

—¿Qué miedo me va a dar? Una vez u otra hemos de partir del mundo, lo mismo da hoy que mañana... Somos esposas de Jesús y sólo ansiamos el Cielo...

Por mí no se preocupe. Lo esencial es que usted se encuentre bien. Confíe en mí, que ya me portaré lo mejor que pueda.

—Y usted ¿sabe quién soy yo?

—Ni lo sé ni lo pregunto.

—Pues debía importarle y se lo voy a

mo, estas prevaricaciones, estas ofensas a lo más sagrado nos lleven al caos, nos traigan el más terrible de los castigos.

—¿Y no cree V. que merecido? ¡Ah, si no fuese la infinita misericordia de Dios, pobres de nosotros, porque si EL en sus justos juicios y Providencia nos castiga con nuestras propias obras y cobardías, señala al mal una línea de término y de allí no pasará, como no escapará el hombre más rebelde y fuerte y libre a la tremenda sentencia que le espera por sus prevaricaciones.

Somos cristianos, somos católicos. Meditemos:

Dios nos castiga y nos prueba, pero no nos abandona.

Si, perversos o cobardes, renegamos de EL o, por cobardía, dejamos que se le ofenda, su IRA será terrible.

Las cinco ciudades de Pentápolis fueron

sepultadas en el fuego del cielo por sus maldades.

En nuestros tiempos la ciudad de San Pedro de la Martinica fué una prueba más, horrenda, de que de Dios nadie se burla impunemente.

Pero España, los españoles, tienen en su historia páginas gloriosas, admirables de catolicismo, santos como pocos ilustres defensores de la Religión y de su Patria; España fué, dicho por un cardenal de Norte América «el centinela avanzado del catolicismo y la nación por excelencia, propagadora de la fe de Cristo y del amor a su Madre Santísima. España en su bendito Pilar de Zaragoza tiene un recuerdo y una promesa consoladores y de honor no igualado por ninguna otra nación. En España, dijo el Sacratísimo Corazón de Jesús que reinaría con más veneración que en otras partes. ¡España... España!... ¿No ha de

tener hoy más de los diez justos que el Señor pedía para librar a la viciada Sodoma del castigo del Cielo?

¡Si los tiene! Públicos e ignorados aunque no de Aquel que todo lo ve y lo sabe, y estas almas buenas, santas, como pararrayos de la Justicia Divina nos salvarán, nos redimirán, y nuestra querida Patria volverá a ser lo que fué y todos los españoles nos volveremos a amar como los primitivos cristianos, purificados en la persecución y el martirio....

¿No cree V. también así, mi queridísimo D. Ricardo?

—Lo creo y porque lo creo vuelve en mí la esperanza y la fe en un porvenir lleno del espíritu de Dios.

—Dios no nos abandona.

—Dios nos castiga y nos prueba y en el castigo y la prueba nos salva.

—Dios es Padre amoroso y con esto está dicho todo.

Correspondencia Administrativa

Sra. D.^a N. A.-Collera.—1935

Sr. D. P. R.-Ricabo.—1936

Sr. D. M. G. P.-O. de las Dueñas.—1936

D.^a M. M. de Nava una vez más nos ha favorecido con su donativo de 15 pesetas para esta propaganda. Que obtenga la debida recompensa como todos cuantos se vienen interesando por esta publicación.

Sr. D. F.-A. P. de Siero.—Fin abril 1936.

Sr. D. R. N.-P. de Siero.—Una peseta de donativo. Hacemos público nuestro agradecimiento al corresponsal de esta simpática villa que además de su puntualidad de tantos años en los pagos lleva siempre en creciente las suscripciones.

A nuestros suscriptores retrasados les agradeceríamos igualmente esta puntualidad en los pagos para la mejor marcha del periódico.

Sr. D. L. L. S.-Leonardo.—Fin junio 1936.

Visado por la Censura

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31

GIJON.-Teléfono 2934

DOCTOR CALISTO DE RATO Y ROCES

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DEL SISTEMA NERVIOSO

Cincuenta y ocho años de práctica

CONSULTA: Mañana y tarde

Corrida, 63—Tlf. 490

GIJON

Las 20 curas vegetales del Abate Hamón

LA SALUD POR LAS PLANTAS

Maravilloso método de curación por medio de PLANTAS

descubierto por el

ABATE HAMON

Pida Vd. folleto

“La Medicina Vegetal”

GRATIS y sin compromiso a

Laboratorios Botánicos

Ronda de la Universidad, 6 - BARCELONA

Compra de oro.

OSORIO
sigue comprando oro y monedas a altos precios

Joyería Osorio - PI Y MARGALL, 13 - GIJON

Devocionarios - Semana Santa

y toda clase de Artículos Religiosos

Librería Palacios

Santa Rosa, n.º 4

GIJON

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Almacenes de Ferrería, Quincalla, Loza y Cristalería :- Artículos Sanitarios :- Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Detall: San Bernardo, 59 y 61

Telegramas y Telefonemas:

Teléfono Detall: 2912

Almacenes: Premio Real y Molino

GALONSO

Teléfono Almacén: 293

Doctor Emilio Villa

ESPECIALISTA

:- Enfermedades del Pulmón y Corazón :-

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono 1219 :: **GIJON**

AVISO:

A todas las Señoras y Señoritas, que los Salones de Belleza de MARIA LUISA RODRIGUEZ, instalados en la calle San Bernardo, núm. 75, se trasladaron al 127 de la misma calle.

LUIS BASURTO
QUIMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida Espato-Flour, en piedra y molido LABORATORIO de análisis minerales e industriales.

Principe, 16 — Apartado 174 — **GIJON**

Luis Infiesta y Castro

(ANTES ACEBAL, RATO y COMP.^ª)

Barrio del Tejedor :- Teléfono 13-28
GIJON

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases de carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas.

Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan.

Rápida entrega de los pedidos

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por si solo el chocolate de esta marca

Pídase en las tiendas de ultramarinos

OBRAS TEATRALES
(De propaganda social)

El Anarquista 1 peseta.

Mitín socialista 1 »

Jauja 1 »

El Señorito 1 »

El Requeté 1 »

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1931-32-33 y 35 a 4 ptas. cada año.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Teléfono 17-20=**GIJON**

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud — Esmero — Economía